

Soledad compartida

Cuando pensamos en el ser humano, lo vemos como persona, es decir, una entidad compuesta por un cuerpo, unas emociones o sentimientos, la mente, y nuestro espíritu. Pese a la idea de que somos individuales, no lo somos, o al menos hasta haber alcanzado la evolución espiritual necesaria.

Nuestro cuerpo.

Lo que nos diferencia de los demás, es la forma, no la sustancia. Desde una perspectiva biológica, nuestro organismo no es diferente de otro, ni siquiera de los animales superiores, primates, perros, gatos, y otros muchos. Como he dicho, es la forma, la que nos diferencia. Conocemos a otras personas, por su altura, peso, color de ojos y pelo, edad, pero no por sus riñones, hígado y menos aún por sus células constituyentes. Quizá un dato para ver más claro sea el hecho de que existan enfermedades contagiosas, si alguno de nosotros fuese de acero, sin duda que el virus de la gripe, por ejemplo, no le afectaría. También, toda la medicina es válida por esa semejanza. Hasta el clima nos dice lo iguales que somos físicamente, pues nuestro organismo no podría soportar temperaturas por encima de cincuenta grados sobre cero, o por debajo, sin riesgo de morir. Esto, respecto a la temperatura exterior, ni qué decir tiene, la interna, sobre la cual una desviación de sólo cinco grados, es ya mortal. Estas similitudes de contenido, han creado una ciencia, como es la medicina, que no podría existir si fuésemos diferentes. Incluso nuestros hijos se gestan en otro organismo, el de la madre, utilizando el patrón genético de los padres, si bien, en esto ya va incluido el continente, es decir, la forma.

Creo que no hace falta seguir insistiendo en el tema, al menos respecto a nuestro organismo, así que ahora podemos pasar ya a la siguiente fase.

Sentimientos y emociones.

Muchas veces hemos oído eso de: No tiene sentimientos, o es muy emotiva. Es cierto que existen personas con mayor o menor sensibilidad emotiva o sentimental, entendiendo por sentimiento, el amor, y no el odio, que es una emoción, como lo es la

velocidad, el miedo, y la angustia, entre otras formas compuestas, como la depresión, y la ansiedad. Tampoco en esta fase somos tan diferentes, ya no podemos hablar de formas, puesto que no las hay, pero sí de calidad o cantidad, una persona emotiva, no lo es frecuentemente en calidad, sino en cantidad, son esas personas de lágrima fácil, mientras que los artistas, habría que encajarlos en su calidad. Pese a todo, lloramos ante una película igual, o reímos ante otra cómica. Nos hacen sufrir y alegrarnos las mismas cosas. Aquí puedo añadir lo mismo que en el anterior apartado, toda una ciencia se ha desarrollado de este conocimiento, la psicología y la psiquiatría. Lo que no sabe esa mayoría, es que nuestra parte emotiva, se aprende, tenemos la capacidad de sentir, pero hacia dónde dirigir esos sentimientos, es ya otra cosa, precisamente por eso, a culturas diferentes, también le corresponden otros sufrimientos. Para un hombre tribal romper un tabú, como dormir con su mujer cuando tiene la regla, es todo un drama que haría reír a un europeo, igualmente sufrir por no poder comprar más cosas, como sucede en los países supuestamente civilizados, es cómico para el hombre primitivo.

Recordemos ahora todos esos líderes que utilizando las palabras apropiadas logran crear emociones en su auditorio, manejándolos para bien o para mal, incluso, algunas sectas, realizaron suicidios colectivos, debido a la fuerza del estímulo emotivo que les mandó su líder. Virtudes y defectos se comparten, sobre todo, en la misma infancia, por troquelado con los padres, a los que además se les admira. Esta manera de trasladar emociones se puede hacer de manera directa o indirecta. Los niños, los adolescentes y hasta los adultos, se fijan en personas que consideran más capacitadas y las imitan, esta impronta es muy fuerte en el niño, y le va a transmitir lo bueno y malo de sus progenitores. Y si seguimos con los ejemplos, veremos que un partido de fútbol tiene mucha carga emotiva, y que ésta, no es independiente de cada persona, todos reaccionan al unísono, como si no hubiera más que una sola persona. Ya hemos dicho que los sentimientos son orientables, por eso, cuando un niño se cae cerca de su madre, lo primero que hace es mirarla, y dependiendo de la expresión de ésta, así llora con ganas, con pocas o no lo hace.

Esto nos indica ya, que tampoco en esta fase somos diferentes, lo sería sin duda, alguien que no haya experimentado, amor, odio, tristeza, miedo, placer y angustia, en toda su vida.

La Mente

Tampoco es tan distinta nuestra manera de pensar, aunque se quiera creer lo contrario. Las ideas viajan, hacen historia, ciencia y tecnología. Hoy día los canales de comunicación transmiten informaciones continuamente. La mente de los seres humanos está más unida que nunca. También podríamos decir, que no siempre son buenas las ideas, las hay nefastas, como las que generan guerras y pobreza. La filosofía y el camino de la sabiduría, son los más grandes exponentes de esas ideas, también la ciencia, aunque no haga a las personas más felices.

Nuestra mente puede enfermar, y sus enfermedades no son particulares, sino colectivas, pues se repiten en otros infortunados. La corrupción social, también son ideas puestas en práctica y secundadas por aquellos que están de acuerdo. Con esto dejo claro que no hay una persona con una manera de pensar aparte, puede estarlo, sí, pero no en la totalidad, por muy genio que sea. La mayoría de las cosas que creemos originales en nuestra mente, ya están escrita en algún libro. El ser original o no serlo es sólo cuestión de estadística. Sabios y santos son excepción, y aún así, seguro que por lo menos hay uno entre un millón.

Hasta aquí hemos visto que el ser humano no es tan diferente entre sí, como algunos creen. Ya sabemos que toda persona ejerce influencia sobre otras, buena o mala. La historia está llena de personajes que supieron enfrentarse a la vida y dejar algo a la posteridad. Estas influencias ya las conocemos, pero es que hay otras.

Si pensamos en nuestro cuerpo, podemos verlo con salud, o enfermizo, los virus y bacterias viajan por el aire y se trasladan de cuerpo a cuerpo, igualmente un ambiente de montaña, es bueno para nuestra salud. Un entorno de ciudad, con polución y otro de naturaleza virgen, transmiten a nuestro organismo enfermedad o salud, lo hacen a través del aire y de todo aquello que golpea nuestros sentidos, por lo tanto, hay algo que partiendo de A, llega hasta B y ejerce influjo sobre él.

Pensemos ahora en nuestras emociones. Ya hemos visto que éstas, también están en otras personas, aunque en cantidad o cualidad distintas, pero en esencia, las mismas, y ahora recordemos algunos ambientes, como ese paisaje entre montañas, por el que discurre un río, con tonos verdes y muchos árboles. Un paisaje así, te gratifica el alma, te hace sentir bien, pero también hay otros, como esas selvas tupidas, en las que apenas se ve otra cosa que vegetación, y donde animales venenosos te acechan, esta envolvente, nos transmite miedo y angustia. Hemos hablado de ambientes naturales, pero los

humanos, son los más comunes para aquellas personas que viven en ciudades. Un entorno de oficinas, puede transmitir tedio, ira y venganza. Hay sitios así, y no son otra cosa que el resultado de un mal aura laboral. Las emociones reprimidas, y todo tipo de pensamientos malsanos, rodean a quien los produce como si fuera un halo, y como hemos visto hasta aquí, si consigue ejercer influencia sobre otros, su aura se expande y termina creando envolventes sofocantes, aumentando también los de riesgos laborales. Lo contrario sucede en un medio más relajado, donde se trabaja en confianza y libertad. Esta envolvente, buena o mala, no necesita contactar de manera directa con aquellos que entran en su terreno, sin hacer nada, lo hace casi todo, y digo casi, porque siempre está la libre voluntad de cada cual, de dejarse o no llevar por el medio ambiente. Lo mismo se puede aplicar a muchos sitios, como un hospital, una iglesia, una comisaría, un parque de atracciones, un matadero, etc. Cada uno de estos sitios tiene su aura. Aunque nada supiéramos sobre sus cualidades sociales, las sentiríamos.

Nuestras ideas también son compartidas, lo hacemos a propósito, pero también, y es esta la parte que nos interesa ahora, de manera telepática. Ya hay muchos casos que avalan esta realidad, así que no me voy a entretener en ellos. No obstante, en el fenómeno telepático hay unas leyes que nos conviene conocer, de esta manera nos evitamos toda esa charlatanería.

Los procesos telepáticos requieren de un emisor y un receptor, es decir, alguien tira la pelota y otro la recoge. Los hay que son más emisores que receptores, y viceversa. También los hay igual de buenos en un campo y el otro. No es posible recibir pensamientos de otra persona, si no estamos sintonizados. Es lo mismo que una radio, si tenemos en el dial una emisora de música rock, no podemos oír música clásica. Si un ingeniero está pensando en un proyecto, otra persona ajena a sus conocimientos, no va a recibir onda. No es posible que otra persona te lea el pensamiento, y de ser así, sería porque se está en la misma onda. Es fácil entender que un agricultor no podría leer el pensamiento de un físico nuclear, ni éste al otro, sobre su propio trabajo. En las transmisiones telepáticas hace falta cierta empatía.

Hay un pensamiento en la filosofía Tao, que dice así: El desarrollo de un hombre sabio, aunque viva retirado, es beneficio de todos aquellos que siguen sus pasos.

Las virtudes y los defectos, también unen o separan, según se mire. Sabemos ya que los gustos agrupan a las personas, así los amantes del fútbol se reúnen en los estadios y los que gustan de la música, en los auditorios.

Los defectos son como notas vibrantes, que hacen oscilar otras semejantes, lo mismo que las virtudes. De esta manera, una persona propensa a los celos induce su defecto en otra persona con igual característica, aunque ella no se de cuenta. Y una persona con amor hacia los demás, será bien recibido por otra que es bondadosa. A esto lo podemos llamar influjos, y ya sabemos que los hay positivos o negativos. Los influjos que vienen de los defectos humanos, pueden no resultar en personas con el mismo fallo. Esto sucede cuando la persona decide superarse, entonces la aparición de un influjo que le recuerde su propio defecto le pone alerta y lo rechaza con disgusto. Por eso se ha dicho que el que odia algo, es porque viene de ese algo.

Sintetizando vemos que cada persona es portadora de influencias, visibles e invisibles, pero no menos eficaces.

No estamos solos, aunque nos parezca, lo que sucede es que confundimos muchas veces el bulto con estar acompañados. Todo lo que hacemos, repercute en los demás, nosotros somos responsables de tener una buena o mala conducta. El hombre sabio y el santo, en su desarrollo personal, han dado un gran regalo a la humanidad, sus conocimientos no se extinguen, ni aún estando solos, siempre los recibirán los que vienen detrás. Buenas y malas intenciones flotan a nuestro alrededor, y en nosotros está el seguir unas u otras. Con nuestra decisión hacia la conducta justa, evitamos engrosar las malas auras que se generan en otras partes, e incluso más, sirven las buenas intenciones para combatir las malas, tengamos presente que toda acción, sea de una naturaleza u otra, primero está en la mente. Si imaginamos hacer algo reprobable muchas veces, lo más seguro es que al final, lo realicemos.

En definitiva, no estamos solos, y nuestro pensamiento y también acción son el resultado de lo que vemos a diario en nuestro mundo.

Adolfo Cabañero